

te seguro. Si yo aconsejo v. g. á tu hermana que no castigue á su hija con crueldad y que no la consienta con melindre, es por su bien, no tengo en ello ningun particular interes, y mi consejo es de los mas seguros. ¿Me has entendido? ¿estás satisfecha de que no hay contradiccion entre dar un buen consejo y huir una disputa impertinente?

Lo estoy, dijo Matilde: te he entendido perfectamente; y ¿cómo no te he de entender si explicas con tanta claridad lo que me enseñas? Pero ya que me he instruido, voy á que te traigan tu gala.—¿Qué cosa? —Tu chocolate, pues es hora de que lo tomemos.—Ya vuelvo. Aquí concluyó esta sesion, y tambien el capitulo sexto.

CAPITULO VII.

En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y la conversacion que tuvo con su esposa.

¿Qué feliz es el estado del matrimonio cuando se saben conformar con él las voluntades! La docilidad con que Matilde escuchaba las lecciones de su esposo, y la dulzura con que este le inspiraba sus má-

ximas morales, prueban que ambos disfrutaban de esta felicidad.

Ya se deja entender que si el coronel no se descuidaba de instruir á Matilde, los dos se esmeraban á porfia en cultivar en su hija los talentos naturales que tenia, y los sanos principios que la inspiraban.

La niña, por fortuna, correspondia con docilidad á los conatos de sus padres; y así en poco tiempo supo leer con bantante regularidad, conocia el valor de las letras, sabia lo que eran sílabas y palabras, y que estas formaban los periodos.

Como su padre y su maestro le habian hecho advertir cuánta utilidad y ventaja resulta de leer bien, y que esto no se consigue sino evitando el sonsonete y atropellamiento, y acostumbrándose á leer con sentido, para lo que se ha inventado la puntuacion ó caracteres ortográficos, se aplicó á su conocimiento con teson, y lo logró muy fácilmente.

Casi con igual facilidad aprendió á escribir, porque su padre le franqueaba papel, recaudo de escribir y buenas muestras, para que á la hora que quisiera se pusiera á pintar sus garabatos á su antojo.

Como esto no tenia para ella cara de

lección, ni advertía ninguna forma de enseñanza, lo tomó por juguete y en un instante perdió el miedo á la pluma, se fué acostumbrando á su uso, y sin que nadie la violentara, ella misma trataba ya de imitar las letras de las muestras.

Cuando su padre la observó tan bien dispuesta, le hizo ver las ventajas de la escritura, cuán necesario y útil era poseerla con la posible perfección. Pero esto lo hizo acercándose un día á la mesa á tiempo que ella estaba garabateando, y diciéndola: Mira como ya vas imitando, aunque mal, las letras de las muestras. No hay duda, tú no eres tonta, y eres capaz de hacer lo que quisieres con tus manos. ¿Qué te gusta escribir?—Sí, papá.—Pues mucho mas te gustaria si supieras qué gran cosa es la escritura.

El saber escribir, ó la invención de este arte nobilísimo, es una cosa prodigiosa, necesaria á todo racional, utilísima sobre toda ponderación y de todas maneras admirable, pues se puede tener por una magia cierta y lícita entre los hombres. Sí, hija querida, la pluma bien dirigida sobre el papel hace tales cosas, que á no saber el modo, se tendrían por milagros ó

hechicerías. Ella resucita los que han muerto miles de años hace, y nos los pone entre las manos para que nos instruyan y conversen con nosotros: ella nos facilita pasear seguramente por el mundo, y que sin movernos de un lugar, sin tener que erogar gastos ni sufrir incomodidades de caminatas, registremos todos los ángulos descubiertos de la tierra, veamos las situaciones de los reinos, sus mejores ciudades, sus templos, palacios, calles, edificios y paseos; que sepamos el número de habitantes que los ocupan, cuáles son sus costumbres, religion y gobierno, leyes, modas, enfermedades y remedios: ella, inventada no solo para esto, hace que subamos á los cielos, que volemos por sus esferas, que indagemos el movimiento de los astros, el curso de los planetas, la velocidad de sus giros, los rios, mares, montes y valles de la luna, las manchas y humaredas del sol, y hasta el peso de las estrellas: ella nos facilita la comunicación con nuestros deudos y amigos ausentes, sin que estorben para oirnos y entendernos, las leguas, los montes ni los mares que se atraviesan entre ellos y nosotros: ella fija en el papel como con un clavo la

palabra que sin auxilio se escaparia para siempre: ella hace que sean materiales y perceptibles los conceptos espirituales é invisibles: ella nos hace acordar de lo pasado y prevenir lo futuro: ella afirma y asegura fuertemente las palabras y contratos de los hombres y los hace cumplir con sus deberes: ella, para no cansarte, es la que hace al hombre religioso, sabio, honesto y moderado cuando se acuerda de sus obligaciones y la que lo convierte en impío, necio y escandaloso cuando se olvida de ella, porque la pluma es para todo, segun se usa. Con la pluma se alaba á Dios ó se ultraja; se honra la religion ó se deshonra; se hacen valer las leyes ó se tuercen; se instruye ó se encamina hácia el error; se favorece á los hombres ó se perjudican, se abren los corazones para el amor ó se disponen para el odio, y así de todo.

Mira ahora qué cosa tan grande es saber hacer uso de la pluma cuando se quiere hacer segun conviene; y dime si deberá ninguna criatura dotada de razon despreciar este beneficio y privarse de sus ventajas, solo por ser un tonto y perezoso que no quiera dedicarse á aprender á escribir.

Así es, papá, decia Pudenciana; muy tonto será el que no quiera saber tantas cosas y poder hacerlas, como V. dice. Pero yo estoy espantada, y queriendo saber cómo será eso de resucitar los muertos, pasear todo el mundo, subir al cielo y todo lo que V. me dice, que no entiendo.

Entonces el coronel le explicó el sentido de estas frases, la niña quedó aficionadísima á la pluma, y esta aficion la hizo aprender á escribir en poco tiempo.

Cuando ya lo hacia con mas arreglo y sabia usar correctamente de los signos ortográficos, su padre solia valerse de ella como del amanuense de su confianza para que le escribiera algunas cartas, lo que la niña desempeñaba con gusto, y su papá celebraba de cuando en cuando con prudencia, estimulándola con estos elogios á que se aplicara mas cada dia.

Todos saben la fuerza con que labra el amor propio sobre nuestros corazones: apenas despertamos de la primera infancia, esta pasion dejándola correr á rienda suelta, constituye el egoismo y es el fomes de todo género de vicios, así como bien dirigido es el estímulo de las virtudes. El coronel conocia bien la verdad de

este axioma, y así alababa lo bueno que veía en su hija, pero de modo que ella se satisfacía con los elogios sin envanecerse, y se tenía como obligada á merecerlos mejor en adelante.

Al mismo tiempo la enseñó su padre á conocer los números y el valor de las unidades, decenas, centenas y millares, sin descuidarse de que aprendiera de memoria la tabla aritmética comun, y cuando ya entendió esto perfectamente, la hizo ver cuan útil es á las niñas aprender á lo ménos las cinco primeras reglas de cuentas, y que es un absurdo dictado por la mas crasa ignorancia decir que las mugeres no deben saber cuentas, porque no las necesitan para nada; pues toda niña que algun día ha de ser señora de su casa, debe saber economizar el gasto, ajustar un criado, tasar las varas de género para sus vestidos y los de sus hijos, y hacer otras cosas que les costaría sumo trabajo sin el recurso de la aritmética.

No ignoraba el coronel que esta ciencia es harto difícil de comprender en sus principios, especialmente á las mugeres; y así procuró primero hacer ver á su hija su utilidad para excitarla el apetito de aprender.

Un día le dijo: Mira, los que no saben hacer cuentas, siempre cuentan cuando la necesidad los obliga; pero á mas de que siempre yerran las cuentas que hacen, les cuesta un inmenso trabajo. Al contrario, la persona que sabe valerse de los números hace las cuentas muy fácilmente, y las mas veces las hace bien. Un ejemplo te hará ver la diferencia.

Mira, estas son tres cajitas de fichas de concha: una tiene setenta y tres fichas, otra veinte y una, y la última treinta y cinco: ¿dime ahora cuántas fichas tienen las tres cajitas? Seguramente no puedes, porque necesitas contarlas una por una, y despues de este trabajo te expones á equivocarte veinte veces. Pues vaya, pon aquí las fichas de la primera caja, que son setenta y tres, en este modo: 73
Pón las de la segunda, que son 21
Pon las de la tercera, que son 35

 129

Puestas en este orden se suman así, y resulta que hay ciento veinte y nueve fichas en las tres cajas.

Aun hay otro modo de sumar mas pron-

to, que se llama multiplicar, y es utilísimo. ¿A que no me dices cuántas lentejuelas tienen los arquitos de tu túnico?—¿Cuándo lo he de saber, papá? si tiene un monton.—Pues ahora verás qué fácilmente lo dices, supuesto que sabes muy bien la tabla. Cuenta los arcos que tiene.—Eso ya lo sé: tiene cuarenta y dos.—Muy bien: ahora cuenta cuantas lentejuelas tiene un arquito.—Ya estan contadas, son nueve.—Pues suponiendo que todos los arcos son iguales, y que las lentejuelas estan puestas en igual proporcion, de suerte que no hay mas en un arco que en otro, pon de número los arcos, que son..... 42 Pon debajo las lentejuelas de un arco.. 9

378

Ahora se multiplican así; y ves en un instante que tu túnico tiene trescientas setenta y ocho lentejuelas, lo que se te hacia tan difícil saber, y lo que hubieras sabido con mil trabajos sin el auxilio de las cuentas.

Le es tan útil y necesario á una muger el saber contar, como á un hombre. Muchas mugeres perecen en la miseria solo por ignorarlo; y la experiencia nos las está señalando con el dedo lo mismo que la

causa. ¿Qué se puede esperar de la muger que de la noche á la mañana se halla con un principal que le dejaron ó sus padres ó su marido, y ella no lo sabe girar ni conservar, porque no sabe hacer cuentas? Es clara la respuesta: busca quien se las haga, casándose ó acomodando un dependiente; y si este ó el marido salen calaveras, lo que no es raro, en dos por tres dan las cuentas del gran capitan, y se queda la muger contando que tuvo coche en tiempo del difunto. Conque así, hijita, procura instruirte ahora que eres niña, para que te hagas útil á tí y á otros cuando tengas mayor edad. Ahora es el tiempo de aprender, y es menester aprovecharlo; porque el que de muchacho es flojo y tonto, llegando á viejo asciende á majadero.

Ya se deja entender que esta prolijidad no es ociosa en ningun padre de familia, cuando trata de aprovechar á sus hijos. El coronel cuando enseñaba á Pudenciana, procuraba hacerle ver la utilidad que le resultaba de aprender, y al mismo tiempo le quitaba el tono de lección, tan fastidioso á todo niño; con lo que lograba que aprendiera sin violencia, como aprendió en efecto en poco tiempo á leer, escribir y

contar con alguna perfeccion, y sin que á él costara mucho trabajo el enseñarla.

Siendo el coronel tan eficaz para instruir á su hija en aquellos principios que son utiles para su felicidad temporal, es creible que no lo seria ménos para enseñarla aquellos que son absolutamente necesarios para conseguir la eterna.

Ya se dijo que desde bien pequeña procuró hacerla formar la mas digna idea de su Criador, conformándose con su capacidad, de cuyo empeño no desistió hasta que la consideró bien instruida.

El se valia de cuantos objetos presenta la naturaleza, aun los mas triviales, para elevar su consideracion al Hacedor Supremo. Ya la hacia contemplar la hermosura del campo en un alegre dia de primavera; ya la brillantez del cielo salpicado de luces en una serena noche; ya el espantoso aparato de una terrible tempestad, ya la atraccion maravillosa del iman; ya la fragancia de la rosa. . . . En una palabra, el campo, el cielo, la serenidad, la turbulencia, el hombre, el bruto, la planta, la piedra, las flores, las aves, los peces, y hasta los imperceptibles insectos le daban materia para instruir la en el conocimiento

de Dios, haciéndola ver cómo resplandece en sus criaturas su omnipotencia, su sabiduría, su justicia, su misericordia y todos sus adorables atributos.

Despues de hacerla ver nuestra miseria, y que nada somos delante del Señor del universo, la hacia reconocer que sin embargo de esta pequeñez, somos sus criaturas predilectas, por quienes crió todos los seres que nos admiran y sirven en la naturaleza; por quienes se hizo hombre y sufrió los ultrajes de los hombres, por quienes murió para abrirnos las puertas del Paraiso, y por quienes hizo el milagro mayor de los milagros instituyendo el augusto sacramento de la Eucaristía, en el que se quedó con nosotros hasta el último dia de los siglos.

Tales eran las sencillas pero utilísimas lecciones que daba á su hija este buen padre, que procuraba tenerla entre el respeto, el amor y el agradecimiento á su Criador. ¡Felices los padres que tienen las luces y disposicion necesaria para instruir á sus hijos, y mas felices los hijos que saben corresponder á las sanas intenciones de semejantes padres!

A esta edad que era de poco mas de

siete años, ya sabia de memoria el catecismo, y entendia muy regularmente los principales misterios de nuestra sagrada Religion, todo á fuerza del continuo teson con que su padre la enseñaba; pues no tardó mucho tiempo en la amiga, á pesar de la no comun disposicion de la maestra; pero apenas aprendió los primeros rudimentos de leer y el catecismo, cuando la sacó de ella, y se tomó él mismo el cargo de enseñarla, como se ha visto.

Estaba mal el coronel con esas escuelas públicas donde se juntan niños y niñas de diferentes edades y educaciones. Sabia con Quintiliano, que la emulacion que procede del ejemplo de los condiscipulos estimula para aprender mas breve; pero no ignoraba que no siempre lo mas pronto es lo mas seguro. Comprendia muy bien la fuerza con que nuestra naturaleza corrompida por el fomes del pecado, nos inclina al mal: que esta pervertida inclinacion se deja percibir en muchos niños bien temprano: que es muy difícil falten algunos de estos donde hay tantos, y casi imposible que una sola maestra sea un Argos para observar con cien ojos las acciones de todos y cada uno de los

muchachos que se confían á su cuidado: y de todo esto concluia, que es muy fácil que se corrompa en una casa de estas una criatura, especialmente niña, con el mal ejemplo de los malos.

Un dia hablando de esto con su esposa, le dijo: no te admire que haya dejado á Pudenciana en la amiga tan poco tiempo. En verdad que me ha parecido demasiado, y solo por contemporizar en algo con tu gusto lo permití. Te aseguro que con solo franquearla la compañía de muchos niños de diversas edades, naturales y principios, por largo tiempo, tendria lo bastante para perder el candor y la inocencia que le procuramos conservar; porque es muy difícil, por no decir imposible, que una criatura sin experiencia, y que aun no sabe hacer buen uso de su razon se contenga dentro de los límites de lo justo con tal heroicidad, que mirando buenos y malos ejemplos al rededor de si, adopte los primeros, separándose de los segundos.

Toda casa de comunidad trae sus ventajas y sus desventajas morales á los que las habitan ó las cursan. Ello es una verdad innegable que el que se acompaña con un justo será justo, y el que se junta con

un perverso se pervierte. Es tambien verdad evidente que en dichas casas hay de todo, buenos y malos: pues aquí del temor y la dificultad. ¿Con quién será mas fácil que se adune el niño ó niña inexperto, con los buenos ó con los malos? El que se acuerde de la corrupcion de nuestra naturaleza, y advierta que los buenos reprenden y mortifican nuestras pasiones y deseos desordenados, y los malos las adulan, las fomentan, y aun las pretenden justificar con sus ejemplos y palabras, ese que responda á mi pregunta.

Si yo declamara contra la utilidad, y se puede decir necesidad, á lo ménos *parcial*, de estas públicas fundaciones; si levantara el grito contra la sana intencion de sus piadosos fundadores ó inventores; si con una crítica mordaz murmurara sus mas arreglados institutos, seguramente se me podia tener por un herege político; pero si ni declamo contra su utilidad, ni hablo contra sus patronos, ni murmuro sus constituciones, sino que solamente aseguro que es muy fácil que se corrompa en ellas la inocencia con la oc. sion tan próxima de la compañía de los malos, creo que nada digo que no sea una verdad indisputa-

ble. Puedo asegurarte con dolor que mas de cuatro maldades ignorara yo hasta el dia, si no hubiera estado en escuelas ni colegios. ¡Felices aquellos niños que conservan su pureza intacta en medio de los malos ejemplos de los compañeros! Semejantes almas son prodigiosas en este siglo miserable. El rocío que se cuajó solamente en la piel de Gedeon, la zarza que vió Moises arder sin consumirse, los niños que salieron ilesos de las voraces llamas del horno de Babilonia, y la seguridad con que los Israelitas pasaron por en medio del mar, son extremos de comparacion; pero son unos acaecimientos milagrosos que no se deben esperar todos los dias.

Lo que vemos á cada instante es que una chispa forma una hoguera, un miasma corrompido derrama una peste mortífera, y una gota de vinagre corta un gran vaso de leche; y de aquí debemos inferir que un solo muchacho ó jóven perverso es bastante á malear ó corromper con su ejemplo á muchos niños inocentes y candorosos.

En una palabra, y para que tu entendimiento se tranquilice, digo: que el padre

ó madre, que no sabe ó no puede instruir á sus hijos por sí en su casa, hará bien, y aun debe confiarlos al cuidado de los maestros públicos: pero el que no necesita de ellos y tenga proporcion, hará mejor en tomarse ese trabajo, pues llegarán al mismo fin sin pasar tantos peligros.

Matildita, continuaba el coronel, si yo pudiera descubrirte las cosas que se ven frecuentemente en las casas de comunidad de que te hablo, se escandalizara tu pudor. No quiero, no, lastimar tu conyugal pureza. Bástame el saberlas, y el procurar que mi hija no se exponga á estos tan inminentes riesgos, para creer que tú habrás accedido gustosa en que la quite de la amiga, por mas que esta sea de las mejores.

A este punto llegaba en su conversacion D. Rodrigo; cuando entró el lacayo de D. Dionisio diciendo que esperaban á comer á su familia. Era dia de frasca de los muchos que cada mes ocurrían en su casa.

El coronel que entendia muy bien las leyes de la política, que es el arte de saber vivir, inmediatamente se levantó y fuimos todos á la mesa, donde pasó lo que se sabrá en el capítulo primero del segundo tomo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

DE LO CONTENIDO EN ESTE PRIMER TOMO.

Prólogo.	Pág.	5
CAPÍTULO I. <i>En el que se da razon de quiénes fueron estas dos señoras, y de la primera educacion de ambas.....</i>		13
Cap. II. <i>En el que continúa la materia del antecedente.....</i>		34
Cap. III. <i>En que se refieren otros pormenores de la educacion de las niñas Pomposita y Pudenciana.....</i>		65
Cap. IV. <i>En el que se trata una materia entretenida.....</i>		105
Cap. V. <i>En el que se trata un asunto de gravísima importancia.....</i>		127
Cap. VI. <i>En lo que luce mucho la instruccion y edificante conducta de la madre de Pomposita.....</i>		152
Cap. VII. <i>En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y la conversacion que tuvo con su esposa.....</i>		180

